

La guerra de África (1859-1860). Una revisión]

Joan Serrallonga Urquidi

Universitat Autònoma de Barcelona

"Seguimos lo mismo. Llueve, arrecia el cólera y se trabaja en el camino de Tetuán." Pedro Antonio de Alarcón, *Diario de un testigo de la Guerra de África*, Madrid, 1860.

La frase de Alarcón es el paradigma de la campaña militar española contra el Imperio de Marruecos en 1859-1860. Condiciones físicas y geográficas adversas; dominio de la enfermedad y tropas hundidas en la búsqueda y elaboración de caminos por tierra y por mar. Durante ocho meses España está inmersa en este conflicto bélico, la llamada «Guerra de África»². Éste no es, ni mucho menos, un suceso único en la Europa del momento, sino que se desenvuelve después del impacto que supuso en el Continente la sangrienta rebelión de la India contra los ingleses (1857) y de forma coetánea con los problemas en China y la expedición que se lleva a cabo a la Conchinchina³. Asimismo,

¹ Este artículo forma parte de un amplio proyecto de investigación que con el título «De Wad Ras a Alhucemas: la respuesta social a la colonización española de Marruecos» obtuvo la ayuda de la DGICYT, núm. referencia: PB93-0908. Asimismo, el investigador principal del proyecto, Francesc Bonamusa Gaspà, ha aportado interesantes sugerencias que agradezco y que se han incorporado al texto.

² Los estudios marroquíes se refieren a este conflicto como «La Guerra de Tetuán», o la «Guerra hispano-marroquí»; los estudios franceses e ingleses se inclinaron por la «campaña de Marruecos»; en España al principio se habla de «La Guerra del Rif», pero de inmediato se insistió en términos que situaban las hostilidades en una dimensión continental: «La Guerra de África».

³ Juan Francisco CAMPUZANO, que se distinguirá pidiendo la brevedad de la campaña

la delicada «cuestión romana» está permanentemente en todos los periódicos, que le dedican un dilatado espacio. En el área del Magreb la expedición de castigo que estaba efectuando Martinprey desde Argelia llegará a coincidir durante algún tiempo con la realizada por el Cuerpo expedicionario español, aunque este general francés anuncia prontamente desde su cuartel de Ouchda que suspende las operaciones por la recrudescencia del cólera.

Desde los incidentes de Ceuta el 10 de agosto de 1859 hasta los preliminares de paz del 25 de marzo de 1860, y aun durante los meses de abril y mayo en que se intenta cerrar «oficialmente» la cuestión, en España el tema principal de debate es la guerra y sus consecuencias. Esta situación excepcional pone al descubierto singularidades que en otras circunstancias quizás hubieran pasado inadvertidas. Y el final de las hostilidades y la conclusión del tratado de paz ponen de manifiesto un radical cambio de rumbo en las actitudes frente a la cuestión de Marruecos en el conjunto del pueblo español; la euforia deja paso definitivo a la queja.

Dejando de lado la causa inmediata de la guerra, un incidente fronterizo como muchos que sucedían en el área, con el ultraje al pabellón español por parte de la tribu Anjra, la actitud de la opinión pública en favor de la guerra pareció rápida y prácticamente incontestada. El gobierno de la Unión Liberal⁴, que preside el general O'Donnell, se prepara para pedir satisfacciones por el incidente al gobierno de Marruecos, pero sin demasiadas prisas y con mareada debilidad al principio. Las conversaciones con las autoridades marroquíes en Tetuán, el 25 de agosto sólo, mencionaron los límites de Melilla. A pesar de ello, durante el mes de septiembre ya estarán a la vista de todos los preparativos militares y el intenso movimiento de efectivos por la península. El hecho de no saber a ciencia cierta cuál será la actitud de Gran Bretaña ante una posible intervención — o quizás el hecho de saberlo

de África, da un carácter bien distinto a la expedición de la Conchinchina como resultado «de las crueldades cometidas en aquel imperio con nuestros misioneros». *La cuestión de Marruecos considerada según el interés del Partido liberal y la conveniencia de la nación*, Madrid, 1859.

⁴ Este gobierno, formado el 30 de junio de 1858, cesará el 17 de enero de 1863. Estaba integrado, además de Leopoldo O'Donnell, que mantenía también la cartera de Guerra, por Saturnino Calderón Collantes en Estado, Rafael de Bustos Castilla en Fomento, José Posada Herrera en Gobernación, Santiago Fernández Negrete en Gracia y Justicia, Pedro Salavertía en Hacienda y José Mac-Crohon Blake en Marina, sustituyendo a José M. de Quesada (IX-1858).

en demasía- hacen que el gabinete español no precipite decisiones. Las disensiones dentro de la compleja estructura que da soporte al Ministerio también claman por la lentitud. La prensa, en cambio, tanto la ministerial como la de oposición, se muestra prácticamente unánime al reclamar una intervención armada en toda regla contra el Imperio de Marruecos. Ante estas noticias, los judíos residentes en las ciudades marroquíes que se suponen afectadas por la expedición las abandonan con destino a Gibraltar primero y a la costa española después. Una publicación de Barcelona, con supuestos datos del ejército francés, cifra las operaciones en un plan de cincuenta y dos días de campaña con unas «contribuciones imponibles y fáciles de obtener» de 60 millones de francos⁵. Es la acuciante llamada a una intervención que vaya más allá de la simple cuestión del Rif para proyectar hacia Europa el abatido poder que tuvo antaño España en el concierto mundial: «Seguiremos viendo cómo la Argelia francesa extiende sus garras en el África; seguiremos viendo cómo Inglaterra nos quita la natural influencia que debemos tener en Marruecos; seguiremos en esta postración y Europa creará que medio siglo de revoluciones no ha bastado para regenerarnos (...) La audacia fue siempre la virtud de España. Con audacia conquistamos el mundo. ¿No podremos con esa audacia conquistar hoy dos ciudades?» (*La Discusión*, 18 de octubre).

Si durante los primeros meses, agosto y septiembre, la actitud es bastante firme pero prudente, a partir de octubre las cosas se empiezan a precipitar. Las notas diplomáticas intercambiadas con los marroquíes por el ministro plenipotenciario Blanco del Valle arrojan una evidente insatisfacción a las demandas españolas, que se acrecientan cada vez más entre la opinión pública. Asimismo, las consultas realizadas a las potencias europeas, y sobre todo, ante Gran Bretaña, arrojan un resultado difícilmente aceptable para la opinión española. Los ingleses no desean una intervención que desequilibre su control en la zona, después que el tratado con Marruecos en 1856 había roto el tradicional aislacionismo comercial de los marroquíes. Así se lo comunica lord Russell al ministro

⁵ *La Guerra de África emprendida por el ejército español en octubre de 1859*, Barcelona, 1859, pp. 65-67. Las contribuciones se impondrían a Tánger, el Araiche, Mehedia, Rabat, Mequínz y Fez. El plan -claramente atlántico- no se corresponde al que finalmente se llevará a cabo por la costa mediterránea. Pero la realidad es otra bien distinta, pues según el *Resumen de los gastos de la Guerra de África*, publicados por Antonio Pirala, el monto de los dispendios para el Tesoro español será de 236.6:38.194 rs.

de Estado, Calderón Collantes, a través del embajador en Madrid, Andrew Buchanan: «el gobierno de S. M. desea vivamente que no se haga cambio alguno de posesión en la costa africana del Estrecho»⁶. Para los británicos Marruecos era sinónimo de Tánger; si otra nación se posesionaba de esta plaza, el valor de Gibraltar desaparecería⁷.

Los debates y los interrogatorios en las Cortes, así como los artículos de fondo en la prensa española predisponen daramente a una intervención militar en el Rif, pero el Gobierno aún no parece decidido a ello. Se ha sugerido un plan de O'Donnell para concitar los apoyos del conjunto de la nación que habrían sido insinuado por otros⁸, pero en aquellos momentos las dudas en el gabinete eran más que las certezas. En la sesión del Congreso de los Diputados del 11 de octubre Salustiano Olózaga dama vehementemente por la intervención; Nicolás M. Rivera hace notar que «siempre he dicho y repito ahora que sólo para una guerra de África podría yo tolerar la quinta»; el progresista Carlos Latorre afirma que el Gobierno ya ha dado suficientes explicaciones; González Brabo -inmerso en la crisis moderada- no se pronuncia, y el tibio Manuel Alonso Martínez lo hace claramente en contra. Un conjunto de artículos de Emilio Castelar son contundentes en favor de la intervención y denotan un inusitado y desconocido canto civilizador en éste tribuno: «Hemos sostenido que la guerra de África interesa a la civilización universal, que la guerra de África es una idea viva en toda nuestra historia. Hoy vamos a concluir que la guerra de África

(El «Tratado general» y el «Tratado de comercio y navegación», firmados el 9 de diciembre de 1856, fueron fruto de largas negociaciones que se realizaron desde 1853 y han sido considerados como la "piedra de toque de la penetración europea en Marruecos» (Kenbib). Sobre las famosas *notas calderonas*, vid. *Correspondencia diplomática relativa a la Guerra de África...*, Madrid, 1860, la cita en el doc. 11. Sobre las advertencias británicas: «¿Qué desquite en lo exterior puede tomar hoy la soberbia inglesa en contra nuestra? La Inglaterra codicia Cuba, porque la política de San James codicia el globo de polo a polo», *La Iberia*, 20 de noviembre de 1859. F. MERRY COLOM (conde de Benomar): *Mi embajada extraordinaria a Marruecos en 1863*, Madrid, 1864.

⁷ A. LAROUÏ, *Les origines sociales et culturelles du nationalisme marocain (1830-1912)*, Casablanca, 1993 (parís, 1977), pp. 242-243.

⁸ En la *Historia de las campañas de Marruecos*, editado por el Servicio Histórico Militar en 1947, se apunta que la sugerencia a O'Donnell podría haber partido de Cánovas (*Historia de Marruecos*, 1851), y éste a su vez la heredara de su tío Serafín Estébanez Calderón, autor de *Manual del oficial de Marruecos*, Madrid, 1844. El hermano de Antonio Cánovas, Máximo (1833-1901), participa en la campaña con el grado de capitán.

es civilizadora, es patriótica, es providencial, es la luz de nuestra restauración en los consejos de Europa» 9. Asimismo un exaltado Ibo Alfaro clama: «nuestro pabellón está manchado: esta mancha sólo se lava con sangre» 10. La prensa de Madrid apunta a mitad de octubre: «En todos los cafés, en los teatros, en las tertulias se habla, se comenta, se critica acerca de lo que debemos esperar o temer, pero no hay más que una opinión: ¡la guerra!»

Las causas de la intervención pasan en octubre a un terminante segundo plano. En este estado de cosas se ponen sobre la mesa las opiniones de los distintos grupos políticos, de los militares, de los periódicos, de la Iglesia y de los particulares. Se concretan estos pareceres en varias direcciones. Para unos, España no puede renunciar a la vieja misión de extensión misionera, el apostolado de la fe frente al infiel. El obispo de Ávila publica una pastoral en la que puede leerse que es «necesario hacer conocer a la barbarie africana, a la Europa y al mundo que no se insulta impunemente a una nación que vive de su fe, de su dignidad y de sus recuerdos». Para otros, significativamente para progresistas y demócratas, la intervención va a significar la restauración de España como potencia en el concierto mundial. Para el conjunto, el conflicto bélico es no sólo plausible, sino necesario en la actual situación española 11. Más tarde se negará -con pocos aportes- la idea de la aventura, de la recuperación de prestigio como caudillo victorioso que necesitaba el general Ü'Donnell 12.

Nada se dirá del inmenso sufrimiento que la guerra acarreará, ni nadie se molestará en buscar la verdadera opinión de las clases populares

9 Emilio CASTELAR en *La Discusión*, 14 de octubre de 1859: «El africano enemigo no deja pasar un día sin asestar sus armas contra nuestro pabellón, sin sacrificar algún hijo de la madre patria a su insaciable sed de sangre (...)» Vid. las aportaciones de Francisco García López (1824-1878).

10 M. Tbo ALFARO LAFUENTE, *Españoles... a Marruecos*, Madrid, 1859, p. 3. Sobre todo su obra más exaltada: *La Corona de laurel*, Madrid, 1860, 3 vols.

11 M. C. LÉCUYER y C. SERRANO, *La guerre d'Afrique et ses répercussions en Espagne*, Paris, 1976. La guerra de África juega un papel importante en la creación de nuevos periódicos: «tels que *El Reino*, unioniste, fondé le 15 octobre 1859, *El Horizonte*, modéré, fondé le 13 décembre 1859 et *El Pensamiento español*, fondé le 2 janvier 1860, ainsi que l'évolution de certains autres, comme *El Día*, qui se rallie à l'Union Libérale à partir du 18 octobre 1859», p. 36. En *La Discusión*, Bernardo LÓPEZ GAHÍA publica la poesía «Al Ejército español en el acto de hacerse pública la declaración de guerra de España a Marruecos».

12 «Se dijo entonces por algunos haber sido el general Ü'Donnell el provocador del conflicto con los moros para eternizarse en el poder mediante la gloria de caudillo victorioso en una guerra popular. Es una suposición gratuita. Un sencillo examen de

sobre un conflicto que sin duda van a soportar con intensas aflicciones. *Las Novedades*, progresista, demanda seguridad al gobierno en el tema de las indemnizaciones; *El Correo español* expone sus demandas a importantes ventajas comerciales; *El Occidente* se muestra seguro de la justicia de la causa española; *El Reino* -financiado por Gobernación- afirma: «hoy se ha despertado en nuestra nación el espíritu patriótico que nos animaba en 1808»; *La Época*, unionista, habla de la civilización contra la barbarie; *El Estado*, órgano moderado que dirigía Campoamor, escribe que «el Gobierno ha debido mandar que nuestros batallones pasaran el Estrecho luego que espiró el plazo», y *La Discusión*, demócrata, se expresa el día 21 de octubre en estos términos: «Estamos seguros de que el país recibirá con inmenso júbilo esta noticia. Es una necesidad para la patria reconquistar el puesto que ha perdido en el mundo (...) Hoy más que nunca somos los herederos de los vencedores de las Navas de Tolosa y de Lepanto.» Las impresiones favorables se completan con la noticia de haber estallado una rebelión en las provincias del sur del Imperio marroquí.

El 22 de octubre se hace oficial la declaración de guerra al Imperio de Marruecos; el Gobierno lo comunica a las Cortes aquel mismo día: «La sesión de ayer es una exclamación unánime de España, que vuelve a despertar a la vida de las naciones.» En aquellas Cortes, sin debate, se aprueba la proposición del gobierno con la unanimidad de los 187 diputados presentes en votación nominal. La prensa aporta un relato más bien fantástico de ofrecimiento de las joyas de la reina, emulando otros tiempos y otra Isabel con leyenda romántica¹³. Progresistas, demócratas y algunos miembros de la Unión Liberal se presentan como los más fervientes defensores de la contienda. El broche lo pone Castelar: «Dios, que ha señalado al mundo y al hombre la ley del progreso, quiso que entre la raza española y la raza que se extiende por los arenales de África haya una eterna guerra, a fin de que la más fuerte y más civilizada eleve, levante a la que se deje caer desfallecida en brazos de la inmoralidad y la esclavitud, que enflaquecen y degradan

los hechos basta para destruirla». F. MARTÍN ARRÚE, *Guerra hispano-marroquí (1859-1860)*, Madrid, 1915, p. 41.

¹³ «Que se tasen y vendan mis joyas si es necesario para el logro de tan santa empresa: que se disponga de mi patrimonio particular; disminuiré mi fausto; una humilde cinta brillará en mi cuello mejor que los hilos de brillantes si éstos pueden servir para defender y levantar la fama de nuestra España». *Crónica de la Guerra de África*, San Fernando, El Departamento, 1861, p. 20.

a los pueblos.» Los absolutistas serán remisos a apoyar la expedición y hunden sus críticas veladas a la guerra dentro de una ampulosidad mal calculada que es refutada de inmediato. Los moderados se retraen inicialmente, aunque no lo hacen explícito en sus artículos. Luis Rivera, desde *La Discusión*, se lo reprocha ácidamente: «Deseamos que el país se persuada hasta la saciedad de que los partidos que más alarde hacen de sentimientos hidalgos y generosos no tienen tanta abnegación como aquellos a quienes se ha tratado de enemigos de la familia y de la sociedad»¹⁴.

En la misma sesión de Cortes en la que se declara la guerra varios diputados de la oposición insisten en poseer información rápida¹⁵ y sin cortapisas cuando se produzcan los acontecimientos, a lo que se compromete sin demasiados ambages el gabinete por boca del ministro de la Gobernación, Posada Herrera. La realidad será muy distinta, pues a principios de noviembre ya se están censurando y recogiendo periódicos: «¡La historia de la unión liberal será el martirologio de la prensa!», exclaman desde *Las Novedades* y también desde *El León español*. Durante toda la campaña esta actitud ministerial será una constante fuente de conflictos: «¿Se publica esta amenaza tras la cual asoma la cabeza un consejo de guerra permanente?» (*La Iberia*). El Gobierno, a través del hábil filtraje que realiza Posada Herrera y del extenso control económico de los llamados periódicos ministeriales, va moviendo e inclinando la opinión según la conveniencia de cada momento. El día 12 de noviembre, una circular de Posada Herrera impone como única fuente de información los partes oficiales que distribuye el Ministerio en las tablillas; al mismo tiempo da instrucciones precisas a los gobernadores para que secuestren toda información que pueda ser considerada como atentatoria. Primero desarma a los escasos medios refractarios a la intervención, después aumenta la convicción de las hazañas y, finalmente, justificará y creará ilusorios logros en la rendición de los marroquíes y en la firma del tratado de paz.

¹⁴ *La Discusión*, 29 de octubre de 1859. Continúan cuatro artículos de Adolfo ROYANNES, con el nombre genérico de «España y Marruecos», a partir del 30 de octubre. Sobre la crítica a los absolutistas: E. VENTOSA, *La Regeneración de España*, Barcelona, 1860.

¹⁵ En la contienda aparecen numerosos «periodistas corresponsales», como Gaspar Núñez de Arce para *La Iberia* y *El Constitucional*. Peris Mencheta para *La Correspondencia de España* o *El Mercantil* de Valencia, Carlos Iriarte para *El Mundo Ilustrado* o Juan Pérez Calvo para *La Discusión*.

Inmediatamente después de declarada la guerra el llamado Cuerpo de observación sobre las costas de África (que había sido constituido por Decreto del 2 de setiembre, con destino en Algeciras y al mando de Rafael Echagüe) se convierte en Cuerpo expedicionario para afrontar la campaña. Lo componen tres cuerpos de ejército al mando, respectivamente, del mariscal de campo Rafael Echagüe, de los tenientes generales ¹⁶ Juan de Zabala y Antonio Ros de Olano, una División de reserva al mando del general Juan Prim ¹⁷ y una División de Caballería a cargo del mariscal de campo Félix Alcalá Galiano. Hasta el 3 de noviembre no fue nombrado O'Donnell como general en jefe del ejército de África: «para dictar cuantas medidas juzgue conducentes al mejor desempeño del mando que le confío» (*Gaceta*, 4 de noviembre de 1859). El Real Decreto le investía, pues, con plenos poderes en todo el desarrollo y finalización de la campaña. O'Donnell parte de Madrid el 7 de noviembre, acompañado hasta Alcázar de San Juan por Posada Herrera, el marqués de la Vega de Armijo, Carballo, Hazañas, Ulloa y Juan Antonio Rascón, llegando a Córdoba el día 9 y encaminándose a Sevilla. El plan de operaciones se detalla con la mirada únicamente puesta en el Estrecho: «la pobreza de nuestra Marina le obliga a operar en el Estrecho y no en el Atlántico», con vistas a Tetuán y no a Tánger, «porque la estación no es propicia para el desembarco» ¹⁸, centrando inicialmente en Ceuta el grueso de las primeras hostilidades de manos del primer cuerpo (Echagüe), dominando más allá del Serrallo e incorporando después el resto de las fuerzas. Finalmente, después de interminables consultas y vacilaciones, el avance será por tierra, abriendo afanosamente una ruta a Tetuán, y no por el plan de desembarco global en Cabo Negro.

¹⁶ En 1858 había 66 tenientes generales, 29 tenían menos de sesenta años y dos más de ochenta. Vid. A. LÓPEZ DE LETONA, *Estudios críticos sobre el estado militar de España*, Madrid, 1866, p. 178.

¹⁷ «Cuando Ü'Donnell emprendió la guerra con Marruecos en 1859 no se atrevió a dejar a Prim en España, por lo que prefirió llevarlo consigo, permitiéndole, a regañadientes, que se convirtiera en el héroe de la batalla de Castillejos. HEADRICK, *Ejército y política...*, p. 148. El conde de Reus contará en la campaña con amigos como Lagunero, Gaminde, Pierrad o Sánchez Bregua, que después desarrollarán acciones conspirativas juntos.

¹⁸ Servicio histórico militar, *Historia de las campañas de Marruecos*, Madrid, 1947, vol. 1, pp. 185-:345 y apéndices. Los datos del momento en *Atlas histórico topográfico de la guerra de África*, editado por el Depósito de la guerra en 1861. Grabados en *El Mundo Ilustrado* (1860). A. Jo!.), *Historia crítica de la campaña de 1859-1860*, Madrid, 1910.

Las publicaciones marroquíes, que han evaluado la campaña, cifran en cincuenta mil los efectivos del ejército español desplegado en la contienda, cifra que en un principio fue desestimada por la mayoría de los analistas españoles, aunque sin datos oficiales, que nunca compulsó el gobierno Ü'Donnell. Ciertamente, al principio de la guerra este Cuerpo expedicionario o ejército de África se compone de unos 35.000 hombres, pero a finales de la campaña han intervenido no menos de 45.000. Cabe añadir la dificultad de un cómputo exacto en un ejército que sufría los rigores epidémicos del cólera con evacuaciones masivas¹⁹, que incorporaba constantemente nuevos cuerpos (provinciales, tercios, voluntarios) y que cambiaba con mucha frecuencia de recluta²⁰. Con patente autoridad Eduard Sehlagintweit, teniente coronel de caballería de Baviera que observó en primer plano la campaña, da por buena una cifra de 2.119 jefes y oficiales con 43.069 soldados a finales de marzo²¹. El armamento de este contingente fue descrito con profusión y alegría por el dominical *El Mundo militar*, complemento de la *Gaceta militar*. La realidad resultó mucho más prosaica en el empleo de las ochenta piezas de artillería de que disponía la expedición, así como en los viejos mosquetones, los fusiles de a quince transformados en rayados, las carabinas y las tercerolas; más escasos fueron los fusiles del llamado modelo 1859.

En el campo marroquí el *Gibraltar Chronicle*, referido en la prensa española y considerado portavoz de intereses ingleses que asesoraban al sultán, evaluaba en 113.700 infantes y 38.100 jinetes el contingente aportado a la guerra santa, «evidentemente que están muy exagerados éstos que nosotros creemos cálculos del defensor entusiasta de nuestros enemigos». La realidad, que no ha sido fijada con precisión, era pro-

¹⁹ J. SERRALLONGA, «La guerra de África y el cólera (1859-60)», *Hispania*, 1998 (en prensa).

²⁰ D. Headrick sitúa sobre las armas en 1860 un ejército de 152.448 hombres, que junto al ejército expedicionario se convierten en 188.522. *Ejército y política en España (1866-1898)*, Madrid, 1981, Cuadro 3B de la p. 271. En 1859 el ejército español tenía 608 generales, de los cuales 66 tenían el grado de Teniente general y seis el empleo de Capitán general.

²¹ E. SCHLAGINTWEIT, *Der Spanisch-marrokanische Krieg in den Jahren 1859 und 1860*, Leipzig, EA. Brock Haus, 1863. El Servicio Histórico Militar cifra al inicio en 163 jefes, 1.599 oficiales, 33.228 soldados la fuerza del Cuerpo expedicionario, pero las nuevas organizaciones aumentan la fuerza activa en el sentido que recoge SCHLAGINTWEIT. A la fuerza expedicionaria habría que añadir los efectivos de la Marina. Otros oficiales, como August van Bacumen, barón de Jena, actúan como observadores del gobierno prusiano en el Ejército de África.

blemática en aquel ejército irregular que debe sus efectivos a las tribus y al Makhzen. Además, como indican todos los cronistas de la guerra, las diferencias esenciales entre las Kabilas de las operaciones de guerrilla, los voluntarios (de Fez, Zerhoun y Ait Immour, que participaron en la batalla de Tetuán) y los Moros del Rey como ejército tradicional acrecientan el problema de cómputo. Divididos en las columnas de Moulay al-Abbas y Moulay Ahmed, hermanos del emperador; dejan de lado las guarniciones fijas de ciudades como Tánger o Tetuán. Las cifras aportadas por algunos estudios marroquíes parecen inexactas, ya que sin duda los pocos soldados aportados por el makhzen no soportarían el peso de la larga campaña²². Las críticas finales después de Oued al-Ras (Wad-Ras) concluyen: falta de preparación teórica, necesidad del empleo de la artillería, unificación de tropas y organización disciplinaria²³.

La historia de esta campaña podría ser descrita con dos palabras: improvisación y desconcierto. El corresponsal del *Times* Frederick Hardman fue muy explícito al evaluar la gran capacidad de resistencia del soldado español en aquella inmensa adversidad: «oo. difíciles circunstancias que han acompañado hasta ahora esta campaña, emprendida con precipitación, en la peor estación del año y con preparativos insuficientes»²⁴. Se ha descrito la campaña hasta los más mínimos detalles por parte de las publicaciones oficiales y de los periódicos que copiaban los partes, pero quedaron algunas sombras: el error en escoger Tetuán como objetivo²⁵, la falta de recursos en la Marina, la pesada intendencia

²² H. TERRASSE, *Histoire du Maroc*, Casablanca, 1950, pp. 325-327. En estas bajas cifras insiste AZIZA BENANI, «La guerre hispano-marocaine de 1859-1860», in *Le Mémorial du Maroc*, vol. 4, pp. 242-259. Las publicaciones coetáneas españolas las cifran en cerca de 40.000 infantes y una fuerza de caballería que no sobrepasaba ni mucho menos los 10.000 jinetes. Laroui (1993) afirma que el ejército del sultán se compOltaba a medio camino entre la regularidad militar y la iTegularidad de las tribus (p. 279). Ahmed ben JALED EN-NASIRI, *Versión árabe de la guerra de África (1859-1860)*, Madrid, 1917.

²³ A. LAROU, *Les origines sociales et culturelles du nationalisme marocain...*, pp. 278-281: «La leçon de Tétouan».

²⁴ F. HARDMAN, *Spanish Campaign in Morocco*, Edinburgh-London, Blackwood, 1860. Más tarde, en el *journal des débats* (14 de febrero), que informa de la toma de Tetuán, se lee: «la natural inexperiencia de una Administración (española) que desde largos años no había tenido que conducir ninguna expedición fuera del territorio, la falta de medios de transPOlte, la carencia de acopios en los arsenales de la Armada y en los almacenes del ejército, la estación que ha sido excepcionalmente mala este año, el cólera que ha hecho estragos en los cuerpos...».

²⁵ V. DE AMETTLER, *Juicio crítico de la guerra de África*, Madrid, 1861.

(falta de reflejos en la administración militar)²⁶, que la convierte en inefectiva a borbotones y la obliga a aceptar donaciones caritativas de todo el país, el rezagado y pobre actuar del Cuerpo de Sanidad militar frente al cólera reinante²⁷, una frágil movilización de efectivos en largas y descoordinadas etapas y, finalmente, los escasísimos resultados obtenidos por España al concluir la campaña con aquel pobre tratado de paz.

Se había previsto inicialmente que los cuerpos integrantes de la expedición se formaran al amparo de las Capitanías generales creando cinco distritos militares transitorios, aunque con mandos independientes nombrados por Ü'Donnell. Estos distritos, aparecidos en un Decreto del Ministerio de la Guerra (*Gaceta*, 3 de noviembre de 1859), estaban al mando de Manuel de la Concha, Domingo Dulce, Manuel Pavía, Atanasio Aleson y José M. Marchesi. Se objeta inmediatamente que los nombramientos son políticos y que no atienden con prioridad a la capacitación de los nombrados. El mismo día de la declaración de guerra se ha pergeñado ya lo que será el «ejército de operaciones, que se denominará ejército de Africa, encargado de obtener en aquel Continente por medio de las armas la satisfacción de los agravios inferidos a España». El acantonamiento de las tropas en los campamentos cercanos a los puertos de recepción y embarque resulta notablemente problemático: existe una inicial dificultad en el transporte de tan amplio contingente (que se irá incrementando durante la expedición), y además la zona escogida se halla en aquellos momentos sometida a los iniciales rigores del cólera. Será necesario contratar buques de otros países para transportar a las tropas y aprovisionadas, pero ello se hace con precipitación y sin evaluar los problemas. La Marina española²⁸ ya se había mostrado incapaz de resolver el transporte de forma inmediata como reclamaba el Cuerpo expedicionario, tal como reconocerán sus mandos en boca de Segundo Díaz de Herrera, de José María Bustillo

²⁶ *Boletín de la Administración militar*, Madrid, 1859-60. Manuel de Moradillo y Talledo, intendente de división, le dedicará una interesante Memoria administrativa (1860).

²⁷ El Cuerpo de Sanidad militar, dividido entre los reglamentos del ejército (1855) y la marina (1857), merecería un estudio más amplio. Vid. J. M. MASSONS, *Historia de la Sanidad militar española*, Barcelona, 1994, y F. BORDEJÉ, *Crónica de la Marina española en el siglo XIX*, Madrid, 1993.

²⁸ M. LOBO, *La Marina de guerra española tal como es; defectos y vicios de que adolece, sin cuyo remedio serán estériles los esfuerzos para lograr su fomento*, Madrid, 1860.

de Barreda Gefe de escuadra y capitán general del distrito de Cádiz), que le sucede en el mando, y del propio ministro de Marina José Mac-Crohon Blake ya al inicio de las hostilidades.

La base de operaciones de Ceuta se transforma en un inmenso caos con la endémica enfermedad colérica reinante por medio. Las condiciones de existencia generales, incrementada extraordinariamente su población, se demuestran como uno de los primeros enemigos del plan de operaciones. Los campamentos de la península sufren también las penurias derivadas del hacinamiento y la enfermedad, sin que el bisoño y reducido Cuerpo de Sanidad militar pueda dar abasto: «triste es decirlo, por más que sea la verdad: cuando se inició la guerra de África, la dirección expuso al gobierno de S. M. que examinado el estado y la dotación del material sanitario resultaba la no existencia del mismo»²⁰. En las mismas críticas abunda Fernando Weyler Laviña, inspector de Sanidad militar. «En el campamento de San Roque, donde se hallaba concentrado el cuerpo de reserva, se padece el cólera desde finales del mes de octubre, con no menos de 400 muertes. Del mismo tenor son las circunstancias de los campamentos de Algeciras, Málaga y Cádiz. La tropa, que yace hacinada en las tiendas y con una alimentación claramente deficitaria, empieza a ser diezmada por la llamada "enfermedad sospechosa". Los hospitales, la mayoría sin medios para atajar el mal, se ven ampliamente desbordados aun antes de llegar ningún herido de combate. En el avanzado campamento del Serrallo la situación se muestra idéntica. En Málaga, su Ayuntamiento se dirige al Gobierno para informarle de la falta de artículos de primera necesidad en sus mercados y de los conflictos que ello está originando. Sólo en la ciudad de Málaga, *que* en 1860 alcanzará una población de 94.732 habitantes, habrá que habilitar nueve mil camas hasta diciembre de 1859, según las informaciones de *La Esperanza*. Las notas aparecidas el 10 de diciembre en la *Gaceta militar*, según las cuales se dispone de 16.000 camas en los hospitales de Ceuta, Cádiz, Málaga, Sevilla, Algeciras y San Roque, de las que solamente están ocupadas 2.000, no se corresponden con la lacerante realidad que viven los heridos y los enfermos.

²⁰ A. POBLACIÓN FERNÁNDEZ, *Historia médica de la guerra de África*, Madrid, 1860 (una 2.^a ed. en 1866), p. 17. Del mismo autor, primer ayudante del Cuerpo de Sanidad militar en aquella campaña y corresponsal de varios periódicos, *Historia de la Medicina militar española contemporánea*, Burgos, 1884. Interesantes referencias en *El Látigo médico*, *El Siglo médico* y *La España Médica*, Madrid, 1859-62.

El general O'Donnell, a bordo del «Vulcano», inspecciona el territorio a mitad de noviembre, emitiendo un comunicado a las tropas en el que, después de calificar a los marroquíes de semisalvajes, decía: «La campaña que vamos a emprender será dura y penosa; el enemigo con que vamos a combatir es valiente y fanático, pero vosotros sois tan valientes como él y tenéis las ventajas que os dan la disciplina y la instrucción sobre masas desorganizadas, que son tanto más fáciles de vencer cuanto más numerosas se presentan sobre el campo de batalla» (Cuartel general de Cádiz, 18 de noviembre). El día 19 el telégrafo se interrumpe entre las estaciones de Tembleque y Castillejo, la capital del Estado queda unos días sin noticias del ejército expedicionario. En medio de las precedentes circunstancias se desarrolla el 25 de noviembre una de las acciones de mayor contenido, la de Sierra Bullones; desde dicha posición partían tres caminos: a Tánger, a Tetuán y a los barrancos de Anghera. El día 27 embarcaba en Algeciras el cuerpo de ejército que mandaba el general Prim, llegando a Ceuta al día siguiente para instalarse en el campamento del Serrallo, aún afectado por el cólera³⁰. La alegría de la prensa por la victoria del día 25 se matiza y se advierte contra la idea de una guerra fácil: «En el campo enemigo hay ejércitos si no disciplinados, valerosísimos y fanáticos que combaten con todo el furor de los pueblos salvajes» (*La Discusión*, 26 de noviembre). El cuerpo de ejército, mandado por el general Ros de Olano, no llega a las costas africanas hasta diciembre, mientras se incrementa la actividad n. Las labores de construcción del camino a Tetuán se ven ensombrecidas por los ataques de los marroquíes (sobre todo desde las Alturas de la Condesa), que han de ser repelidos continuamente por las fuerzas de Prim, lo que hace aún más lentos los trabajos en el camino, y por la recrudescencia del cólera se tardará tres meses en recorrerlo. El cable telegráfico submarino empezará a funcionar el día 22 de diciembre y hasta el 29 la Marina de guerra española no está en condiciones de bombardear los fuertes que circundan la ría de Tetuán.

El 1 de enero de 1860 la victoria en la batalla de los Castillejos imprime un nuevo sesgo a las hostilidades, aunque las bajas españolas

³⁰ El general Prim, en una carta fechada el 18 de diciembre en el Campamento del Serrallo y dirigida al *Diario de Reus*, escribía: «Sigue el cólera maldito llevándose gente. ¡Qué desdicha! Pero no por eso decae el espíritu de la gente.»

³¹ *La Esperanza*, 2 de diciembre de 1859, «Entusiasmo que reina en esta población (Ceuta), la sangre africana corre a torrentes... mientras los bárbaros africanos muerden la arena en su agonía, presa de su impotente rabia».

son 620, con 70 muertos en la acción. Las condiciones de penuria continúan en los campamentos del Serrallo, Otero, de la Concepción, Alturas de la Condesa, Cabo Negro y el del río Asmir, que será bautizado como «campamento del hambre». Incluso un «convencido» como Pedro Antonio de Alarcón muestra su desesperanza³². A pesar de ello, con el principal de las fuerzas frente a Tetuán —una ciudad sin vastas fortificaciones— se tomaron posiciones frente a la Aduana, a unos cuatro kilómetros de la ciudad. No sin grandes dificultades se desembarcan entre Tetuán y Cabo Negro víveres para el sitio y también una división de 6.000 hombres, que desde mediados de diciembre se afanaba en formar el General Diego de los Ríos, entonces Capitán general de Andalucía.

El día 3 de febrero llegarían también las cuatro compañías de voluntarios catalanes³³, formadas con arreglo a las disposiciones de la Capitánía general de Cataluña, integradas por un total de 445 hombres, a los que faltaron 18 cuando fueron embarcadas en Barcelona el 26 de enero. El cuerpo de voluntarios se formó con hartas dificultades a pesar de las presiones del General Dulce; hay que tener en cuenta que en la provincia de Barcelona el 53 por 100 de los quintos de 1860 serán redimidos o substituidos³⁴. Los voluntarios del Principado iban destinados al cuerpo de ejército que mandaba el general Primo Después de desembarcar, y al mando del comandante Victoriano Sagrañes (militar condecorado que caería en combate el día 4 de febrero), el conde de Reus les dirige una alocución en catalán «y pone de relieve las condiciones altísimas del caudillo que levanta a España de la prostración en que yacía»³⁵. Siguen sin llegar los cuatro tercios vascos ya formados desde finales de diciembre, que al mando del general

³² P. A. DE ALARCÓN, *Diario de un testigo de la guerra de África*, Madrid, 1860; edición de 1880 reproducida en *Obras Completas*, Madrid, 1968. «Seguimos lo mismo. Lluve, alTecia el cólera y se trabaja en el camino de Tetuán.» Hardman, corresponsal de *The Times*, le dedica una descripción al «Camp of the River Azmeer».

³³ Sobre la recluta de voluntarios catalanes y su estructura: E. VENTOSA, *Españoles y marroquíes. Historia de la guerra de África*, Barcelona, 1859. *Memoria de los donativos de la provincia de Barcelona con motivo de la Guerra de África* (1861). Vid. también: *Diario de Barcelona*, 1859-60; asimismo los expedientes del Archivo de la Diputación de Barcelona. En 1876, el arquitecto Miguel Garriga Roca proyecta en Barcelona un monumento «destinado a perpetuar las glorias de España en la guelTa de África».

³⁴ N. SALES, «Servei militar i societats a l'Espanya del segle XIX», en *Recerques*, Barcelona, 1970, 1, pp. 145-181.

³⁵ Juan PEÑEZ CALVO, *Siete días en el campamento de África al lado del general Prim*, Madrid, 1860, pp. 37-48. La arenga de Prim en: F. ORELLANA, *Historia del general Prim*, t. II, pp. 217-218.

Carlos de Latorre y con el coronel Rafael Saravia en la Plana Mayor, embarcaron el día 27 de enero y se incorporarán hacia finales de febrero³⁶. El mismo día 3 de febrero queda reorganizado el contingente del Cuerpo expedicionario con los nuevos efectivos. El día 4, después del laborioso transporte y montaje del tren de sitio (desembarcado el 31 de enero), se libra la batalla de Tetuán, que de hecho marcará el principio del fin de las hostilidades: «Tetuán no tarda en abrir sus puertas al vencedor, y el emperador de Marruecos empieza a arrepentirse de haber excitado el justo enojo de la nación española»³⁷.

Las tropas españolas entran en la ciudad el día 6: «en elle-méme dejà traumatisante, le devint encore davantage du fait des excès et brutalités en tous genres que commirent les forces d'invasion», silenciadas en los partes oficiales. Para los marroquíes será una gran catástrofe, hasta el punto de considerarla la ruptura más decisiva de la historia de Marruecos en el siglo XIX: «Cette affaire de Tétouan -écrit l'auteur d'Istiqla- a déterminé la chute du prestige du Maghreb et l'invasion du pays par les Chrétiens. Jamais perein désastre ne s'abattu sur les Musulmans»³⁸. Pero las causas de la crisis de la economía de Tetuán, como apuntan acertadamente Jean Louis Miege, Germain Ayache y Mohammed Kenbib³⁹, vienen ya de la pérdida del mercado de contrabando con Argelia después de la batalla punitiva de Isly (1844).

Una embajada marroquí solicita conversaciones para un armisticio el día 11 de febrero, entrevistándose con u'Donnell el 23. En las ins-

³⁶ Los tercios vascos, la *Brigada vascongada del Ejército de África*, formados con arreglo a la disposición de 19 de noviembre de 1859, los integraban siete jefes, 39 oficiales y 1.715 individuos de la clase de tropa. Infructuosamente se intentó adquirir armamento distinto al del ejército español en Lieja. Vid. *Nuestros tercios en África*, San Sebastián, 1905; S. M. SOTO, *El tercio alavés en la Guerra de África (1859-60)*, Vitoria, 1897.

³⁷ C. CASTELLANI, *Batalla de Tetuán*, Madrid, 1883. Por Real Decreto de 7 de febrero se concede al general U'Donnell la Grandeza de España de primera clase y el título de Duque de Tetuán.

³⁸ Mohammed KENBIB (dir.), *La Grande Encyclopédie du Maroc-Histoire*, Rabat, 1987. D. 122. Se detallan los aetas desarrollados en la ciudad para impresionar a sus habitantes (desfiladas, fuegos artificiales, corridas); mientras se celebraba la misa solemne se abrían también «casas para soldados» y cantinas; se realizan grandes destrucciones en el paisaje urbano. Cita a Herman Cohn, de l'Alliance israélite universelle, quien evalúa en 1.200 las casas destruidas y en 2.000 familias las que fueron condenadas al hambre.

³⁹ J.-L. MIEGE, «La crise économique de Tétouan dans la seconde moitié du XIX^e siècle», in *Actas del Coloquio de 1992* (en árabe), Tetuán, 1994, pp. 1-19. G. AYACHE, «Aspects de la crise financière au Maroc après l'expédition espagnole de 1860», en *Revue historique*, t. CCXX, 1958, pp. 3-12. Mohammed KENBIB, «Contrabande d'armes

trucciones venidas de Madrid y de las que el conde de Lucena hará después caso omiso, se impone aún la conservación de Tetuán y su bajalato. La escuadra española, al mando del general Bustillo, bombardea los fuertes de Larache y Arcila los días 25 y 26. En la península el inicio de estos diálogos de paz no fue saludado en la prensa como una bendición, sino todo lo contrario: «Nuestro ejército no puede volver a España sin haberse posesionado al menos o de Tánger, por su importancia en el Estrecho, o de Rabat, por su importancia respecto a Mequínez, y el general Ü'Donnell no debe desconocer que estas conquistas son la parte útil de la guerra» (*La Iberia*, 7 de febrero, cuando se recibe en Madrid la noticia de la victoria de Tetuán). Se habla de las presiones a las que Gran Bretaña ha sometido al Gobierno español. Asimismo se comentaba desde principios de febrero que algunas fuerzas reaccionarias piden que se libere parte del contingente para una eventual campaña en Roma para ayudar al Papa (quizás opinión de Ríos Rosas, embajador en Roma). A pesar que la prensa llamada ministerial, manipulada durante toda la campaña por Gobernación, había intentado favorecer un estado de opinión favorable, la decepción fue general. Desde la victoria de Tetuán el estado de opinión era claramente propicio a una intervención más dilatada en el tiempo que permitiese conseguir ventajas más sustanciales, el camino hacia Tánger o la posesión permanente del territorio arrebatado a Marruecos, en especial la propia Tetuán. Unas escaramuzas con las tribus frente a unas fortificaciones de Melilla, que fueron repelidas por el brigadier Buceta con el saldo de 56 muertos y 17 desaparecidos, mantienen los ánimos encendidos: «Seguimos en la misma incertidumbre acerca de la guerra... Hoy la paz con Marruecos sería inoportunísima, porque después de tantas victorias han venido los sucesos de Melilla... ¿Pero bastarán estas consideraciones para que la paz no se haga?»⁴⁰ En cambio, algunos periódicos recogen un artículo del *Journal des débats* (14 de febrero) en el que puede leerse: «La paz, una paz ventajosa será muy pronto, lo esperamos».

et "anarchie", dans le Maroc précolonial (1844-1912)>>, en *Dar al-Niaba*, 1984, 4, pp. 8-13.

⁴⁰ *La Iberia*, 22 de febrero de 1860. Desde *La Discusión*, 23 de febrero de 1860, se pide que además de las ventajas comerciales se estipule una indemnización de 200 millones de reales. Sobre las conversaciones del 23 de febrero el *Boletín de Administración militar* (29 de febrero de 1860) afirma: «la conducta de Muley-Abbas... no fue otra cosa que la continuación de esa política solapada y cobarde que viene siguiendo aquel caduco imperio con la regenerada España» (pp. 5-6).

En este estado de cosas, *La Correspondencia* difunde ya a finales de febrero lo que piensa va a ser el tratado de paz: dominio completo de España de los territorios conquistados hasta aquel momento, conservación perpetua de Tetuán, respeto a la religión católica y estipulaciones comerciales de nación más favorecida. También *La Época*, que polemiza duramente con *La Iberia* y *La Discusión*, se inclina por una paz ventajosa y rápida. El Ministerio de la Gobernación empieza una campaña de desinformación, priorizando en la difusión de los partes de guerra a los periódicos serviles con sus intereses. Se retardan las informaciones a *La Iberia* y a *La Discusión*, de lo que se quejan amargamente. Se empieza a hablar de crisis en el gabinete O'Donnell, en una táctica hábil de rumores sin fundamento ⁴¹ para desviar la atención de los acuerdos que se están produciendo en Marruecos. El general O'Donnell, duque de Tetuán, maniobra para cambiar el contradictorio estado de opinión que vive el país y salir tan rápidamente como sea posible del teatro de la guerra.

El día 11 de marzo se desarrolla la infructuosa acción de Samsa, que no logra sino la dispersión de las fuerzas marroquíes y, al fin, la batalla de Wad-Ras ⁴² el 23 de marzo, a una legua de Tetuán, en avance hacia el Fondak, acción muy dura que produjo 1.268 bajas entre muertos y heridos. El 24 de marzo llegaron a río Martín dos nuevos batallones, se repusieron algunas provisiones y munición. Pero el 25 de marzo, ante la expectación que se vive en España y el desánimo general en el que está sumido el Cuerpo expedicionario, se firman los preliminares de paz y se conviene el armisticio con el enviado del sultán. El tratado de paz se firmará finalmente el 26 de abril por los plenipotenciarios de ambas partes. Las cláusulas eran ciertamente muy pobres para presentarlas a la opinión pública y se reducían a aquellas satisfacciones que no podían ofender la cautela inglesa, que ya se explicitó antes de la declaración de guerra. La reina Isabel II al abrir de nuevo las Cortes el 25 de mayo pronunciará un discurso que acaba con estas palabras: «Las ventajas obtenidas por el tratado de paz que se os presentará compensan, en cuanto cabe los gastos

⁴¹ El único cambio que se producirá en el gobierno de O'Donnell será la sustitución de José Mac-Crohon en el Ministerio de Marina por Juan de Zahala el 9 de julio de 1860.

⁴² Los nombres utilizados con más frecuencia son: Gualdrás, Vad-Ras, Oued Ras, Oued-al Ras y Uadras. Vid. F. MAHTIN ARRÚE, *La batalla de Wad-Ras*, Toledo, Memorial de Infantería, t. 1, 1912.

del Tesoro público y los sacrificios de la nación... las relaciones con las demás potencias continúan siendo amistosas»⁴³. Un acuerdo de 19 de noviembre de 1860 y un nuevo tratado el 30 de octubre de 1861 acabaron con la cuestión. También el tratado de comercio que se firmó en Madrid el 20 de noviembre de 1861 encontraría resistencias y sería un colofón «chico» de las demandas españolas.

Acabada oficialmente la campaña, en su balance se abre un verdadero alud de censuras. De forma prácticamente unánime la prensa española eleva su voz crítica. En el propio Gobierno aparecen las voces discordantes, aunque con cierta sordina que imponen las circunstancias y el carácter del conde de Lucena. Es el fracaso estrepitoso, sin demasiados paliativos, de lo que Lécuyer y Serrano han calificado como «le dernière tentative pour vivre l'Espagne mytique» (la guerra romántica) y también de la pretendida regeneración de España para volver a tomar posesión como potencia en el concierto europeo, es decir, la demanda de progresistas, demócratas y algunos miembros de la desencajada Unión Liberal. Castelar reaccionará airado contra el abandono de Tetuán: «los culpados han adquirido una tremenda responsabilidad ante el país y ante la historia». Rivera, director de *La Discusión* y más templado en su juicio, no ahorra críticas⁴⁴. Incluso Pedro Antonio de Alarcón se interrogará: «¿No sería esta paz chica uno de los más poderosos elementos de excitación popular, triunfante en la revolución de 1868?» Es la guerra grande y la paz chica. A ello se refieren también *La Regeneración*, que se manifiesta en contra, como *El Reino* y *Las Novedades*; *La España* (con Pedro de Egaña) muestra al principio sus reservas. *La Iberia*, que a partir del 31 de marzo realiza un análisis de las bases de paz punto por punto, se muestra contrariada y también frontalmente en contra de la «paz chica».

⁴³ I. BAUER LANDAUER, *Papeles de mi archivo. Consecuencias de la campaña de 1860*, Madrid, 1923, vol. 2. Es muy interesada por errónea la afirmación de Juan VALERA, en la continuación de la *Historia general de España*, de Modesto LAFUENTE, «No merecía criticarse una paz que indemnizaba los gastos de la guerra, ampliaba nuestro territorio y enaltecía a España y a su Ejército», t. VI, pp. 588-589. La *Memoria relativa al cobro de la indemnización de guerra en el Imperio de Marruecos*, de A. ECHENIQUE, 1861, registraba 140 millones de rs. vellón.

⁴⁴ E. CASTELAR, «El abandono de Tetuán», en *La Discusión*, 29 de marzo de 1860. Nicolás M. RIVERO, «La Paz con Marruecos», en *La Discusión*, 30 de marzo de 1860. «Hemos hecho, pues, una guerra grande, gloriosa, eterna en nuestros anales, principio y fundamento de grandes cosas. ¿y la paz? La paz que acabamos de hacer, ¿es grande, es digna, es principio y fundamento de grandes cosas?»

Las pérdidas humanas son cuantiosas: Antonio Pirala (1893) -que aporta los datos más concretos- las cifra en 7.020 personas, de las cuales el 69,7 por 100 mueren por enfermedades, singularmente por el cólera ⁴⁵, que aún en abril continúa extraordinariamente vivo en Ceuta y Tetuán. Manuel Tello en 1897 anota: «perdimos 8.000 hombres, muertos algunos en lucha desesperada por sierras inaccesibles y terrenos pantanosos, otros de hambre y frío en los campamentos y los más del cólera y la fiebre en los hospitales» ⁴⁶.

Causa	Alarcón (1860)	Población (1860)	Pirala (1893)
Muertos en el campo de batalla.	786	981	2.121
Por heridas recibidas.....	366		
Por causa del cólera	2.888 (71,5%)	2.800 (68,6%)	4.899 (69,7%)
Por disentería	300		
Totales.....	4.040	4.081	7.020

Los honores con los que son recibidos por doquier los integrantes del Cuerpo expedicionario no pueden acallar las críticas. Los soldados llegan en muchos casos con un aspecto lamentable que hace más fuerte la conmoción ⁴⁷: «Un sentimiento de pena se ha apoderado de nosotros contemplándolos (los soldados) demacrados... Entre otras cosas se comenta el estado en que traen el vestuario y equipo, deteriorados hasta hallarse casi inservibles» ⁴⁸. El general O'Donnell, huyendo de las manifestaciones populares, se dirigió directamente a Aranjuez, donde

⁴⁵ "El azote con que ha querido probarnos la Providencia, incomparablemente más temible que el mortífero fuego enemigo», *La guerra de África emprendida por el ejército español...*, pp. 484-485. Las mismas referencias en *Crónica de la guerra de África...*, pp. 532-533.

⁴⁶ M. TELLO, *Ceuta, llave principal del Estrecho*, Madrid, 1897 (reed. Málaga, 1994), p. 319.

⁴⁷ «... los ojos de la multitud rebosan en lágrimas al ver los rostros ennegrecidos de aquellos valientes, el deterioro de su brillante uniforme que apenas puede dar idea del sufrimiento y resignación que en una epopeya de cuatro meses han probado la virtud y constancia de nuestros soldados», *La guerra de África emprendida...*, p. 497.

⁴⁸ Nota del médico José Maximino Gómez al ver la entrada de las tropas en Málaga. *El Siglo Médico*, VII, 328, 15 de abril de 1860, pp. 248-249.

se hallaba la corte. Allí expediría el 30 de abril los Decretos por los que reasumía todas las funciones de Gobierno y se devolvía éste a la situación anterior a la guerra. Con razón escribe Fernández de Córdova en sus memorias: «Sin embargo, los laureles de África no sirvieron al ilustre ü'Donnell para imponer la paz entre nuestros partidos ni para dominar las inmensas dificultades políticas que agitaban al país.»

Los juicios que ha merecido la campaña en relación con los objetivos previstos abundan en el tema de la desilusión y el desencanto. Únicamente los periódicos ministeriales, los castrenses ⁴⁹ y autores adláteres del general en jefe, como Rafael del Castillo, valoran positivamente las conclusiones expuestas en los tratados de paz. Víctor Balaguer sueña poéticamente en las jornadas de gloria ⁵⁰. El papel de España quedará condicionado, como antes de la guerra de Africa, por la escasez de recursos y subordinado implícitamente al dictado de las potencias. Volverá a surgir con mayor fuerza la idea de la aventura, de «la comedia con grande aparato teatral», expresada al inicio de las hostilidades por Fernando Garrido ⁵¹. Incluso en 1905 Gabriel Maura se manifiesta como un convencido de los fallidos resultados de una campaña a la que califica como «un acto estéril y de perjudicial quijotismo» ⁵². Sin duda la improvisación y desconcierto en que se movió la campaña, los exiguos resultados obtenidos -aunque para algunos hubo pingües beneficios económicos ⁵³, que merecerían un estudio pormenorizado-

⁴⁹ «La campaña de África acaba de terminar de la manera que debían proporcionarnos el valor del ejército, la pericia de su caudillo y el patriotismo de la nación, y al acabar nos deja abiertos anchos y dilatados horizontes en una de las direcciones a donde nos venían llamando hace tiempo nuestra historia, nuestras creencias y nuestros destinos», *Boletín de Administración militar*, 30 de marzo de 1860, p. 6.

⁵⁰ Vid. correspondencia de Víctor Balaguer en 1860. Museu-Arxiu Víctor Balaguer (Vilanova i la Geltrú), Ms. 472.

⁵¹ F. GARRIDO, *Historia del reinado del último Borbón de España*, t. 111, Barcelona, 1869, p. 408. En la idea del prestigio personal de Ü'Donnell insiste también F. Pi y Margall.

⁵² G. MAUHA GAMAZO, *La cuestión de Marruecos desde el punto de vista español*, Madrid, 1905, p. 22.

⁵³ Las subastas de la Administración militar estarán escasamente controladas en este tiempo y se adjudicarán por gestión directa, como critica ácidamente el periódico *Las Novedades*. Hicieron un importante negocio asentadores como los hermanos Bertrán de Lis y Joaquín Tourne, así como la finna inglesa H. Powell. Isabel BURDIEL, cita a los hermanos Rafael y Manuel Beltrán de Lis en «Análisis prosopográfico y revolución liberal. Los parlamentarios valencianos (1834-54)», *Revista de Estudios Políticos*, 1996, 93, pp. 123-138. En 1863 el banquero Salamanca obtiene del gobierno Miraflores la

la gran cantidad de bajas, la pésima gestión de los recursos y la descompensada inflación de honores⁵⁴ hacen mella en la población, que ya nunca más verá una nueva intervención con el clamor con el que se despachó al principio de ésta. Una nueva intervención hará aflorar todas las emociones negativas contenidas al final de esta campaña, especialmente las largas filas de soldados lacerados y demacrados, los muertos en el campo de batalla o en la tristeza de los improvisados hospitales de coléricos. De nada valdrá en el futuro, por ejemplo en 1893, el recurso a la regeneración patria o la posibilidad de grandes laureles, en general la actitud de rechazo será ya inamovible en la población española.

declaración de Ceuta y Melilla como puertos francos. En Santa Cruz de Mar Pequeña se fundan algunas pesquerías en las que participa un amplio número de inversores, incluso Víctor Balaguer.

⁵⁴ El 20 de marzo fueron promocionados a Tenientes Generales Alcalá Galiano, Turón, Quesada, Diego de los Ríos, Orozco y Enrique O'Donnell. El General Dulce fue obsequiado con el título de Marqués de Castell-florite; Prim, con el de Marqués de los Castillejos; Zabala, con el de Sierra Bullones, y Ros, con el de Guad-el-Jelú. El Conde de Lucena había disfrutado durante la campaña de una asignación de 20.000 reales mensuales para atender los gastos de representación.